

Adrián Gorelik

Lo moderno en debate: ciudad, modernidad, modernización

"La promesa alquímica del Modernismo de transformar cantidad en calidad a través de la abstracción y la repetición ha sido un fracaso, un engaño: magia que no funcionó. (...) Una vergüenza colectiva tras ese fiasco ha dejado una importante laguna en nuestro entendimiento de la modernidad y la modernización", Rem Koolhaas.

1.

Debatir lo moderno en América Latina es debatir la ciudad: la ciudad americana no sólo es el producto más genuino de la modernidad occidental, sino que, además, es un producto creado como una máquina para inventar la modernidad, extenderla y reproducirla. Así fue concebida durante la Colonia, primero, para situar los enclaves desde donde producir el territorio de modo moderno; en las repúblicas independientes, después, para imaginar en esos territorios las naciones y los estados a imagen y semejanza de la ciudad y su ciudadanía; en los procesos de desarrollo, hace tan poco tiempo, para usarla como "polo" desde donde expandir la modernidad, restituyendo el continuo rural-urbano según sus parámetros, es decir, dirigidos a producir hombres social, cultural y políticamente modernos.

Se sabe que Sarmiento, a mediados del siglo XIX, usó la ciudad como anclaje polar de la civilización frente a la doble barbarie de la naturaleza americana y el pasado español; y se sabe también que cuando escribió en el Facundo esa metáfora de tanta resonancia futura, todavía no había conocido la ciudad "moderna" que le servía de modelo, Buenos Aires. Pero ese "desconocimiento" no hace más que mostrar la funcionalidad ficcional del artefacto ciudad en el pensamiento sarmientino y, me atrevo a decir, por extensión, en la cultura americana: no hace falta conocer la ciudad, ni hace falta que las ciudades realmente existentes cumplan efectivamente con los principios de ese imaginario, ya que para él la ciudad es la modernidad y la civilización por definición, más allá de las características reales que encarne en cada momento. La ciudad, como concepto, es pensada como el instrumento para arribar a otra sociedad -a una sociedad precisamente moderna-; por lo tanto, su carácter modélico, ideal, no puede ser puesto en cuestión por los ejemplos de ciudades sin duda imperfectas que produce esta sociedad real: "Inventar habitantes con moradas nuevas" fue la consigna de Sarmiento que con mayor capacidad de síntesis muestra la circularidad de la convicción iluminista sobre las virtudes educativas de la modernidad urbana. Esto significa que, en América, la modernidad fue un camino para llegar a la modernización, no su consecuencia; la modernidad se impuso como parte de una política deliberada para conducir a la modernización, y en esa política la ciudad fue el objeto privilegiado.

Podría hacerse una historia, por supuesto, de los múltiples vaivenes en la valoración de esa identidad ciudad-modernidad: pocas décadas después de Sarmiento, hacia el Centenario, la oposición a la palabra civilización que encarnaba la ciudad cambiaría de signo; ya no estaría emblematicada por la palabra barbarie sino por otra de con-

notaciones nada desdeñosas, cultura, bajo la influencia del pensamiento alemán que comenzaba a computar las "pérdidas del progreso". Pero es evidente que se trata de vaivenes internos al pensamiento moderno, al intento plenamente moderno por conducir y controlar la modernización desde la cultura: no hay que olvidar que la última y seguramente más audaz puesta en práctica de la oposición cultura-civilización fue la realizada por un amplio sector de las vanguardias radicales, con figuraciones bastante diferentes de las del regeneracionismo nacionalista del Centenario, pero que sintonizaban un común malestar y buscaban dar respuesta a problemas análogos. Esta rápida introducción al problema de la relación ciudad/modernidad busca simplemente poner de manifiesto algunos de los presupuestos del título que nos convoca, hacer evidente que someter a debate "lo moderno" supone una instancia nueva, de ajenidad a ese pensamiento: lleva implícito una distancia de la propia modernidad urbana, y es esa distancia lo que hace posible contemplarla como un artefacto en reposo, ya incapaz de conducir a formidables procesos de transformación; como un escenario más que como una máquina. Entonces, ¿terminó lo moderno?; ¿o estamos viviendo el momento de su máxima realización?; ¿o apenas una etapa más de su "proyecto inconcluso"? Es fácil reconocer en cada una de esas preguntas posiciones aguerridas del debate cultural de apenas una década atrás: post-modernismo, hipermodernismo (en sus variantes de crítica a la ideología o de anti-modernismo heideggeriano) y modernismo enragé. Es fácil coincidir, también, en que, al menos en lo que atañe a la ciudad y de acuerdo al paisaje de ruinas que emerge del vendaval neoconservador, esas preguntas hoy suenan extrañas, como suena un debate escolástico cuando se han perdido sus claves de inteligibilidad. Debe reconocerse, sin embargo, que en América Latina ese debate implicó un regreso a la tematización de la ciudad después de más de dos décadas de alejamiento. Uno de los ejes de esta ponencia es mostrar que los años setenta implicaron en nuestra región una reacción antiurbana y antimoderna de la que recién el debate suscitado por este clima de ideas post-moderno nos ha sustraído, produciendo un retorno masivo del interés cultural por la ciudad como clave de lectura de la modernidad, interés del cual este mismo Encuentro es sin duda consecuencia. Pero voy a intentar mostrar, en segundo lugar, que se trata de un regreso muy particular, que ya ha perdido todo contacto con aquella dinámica modernidad/modernización que, creo, le daba un sentido muy preciso a los imaginarios urbanos en nuestra región. Hoy vemos la ciudad, en cambio, desde la perspectiva del flâneur: enfocamos en sus fragmentos dispersos, la recorreremos buscando el sentido autónomo de nuestros pasos, construyendo significados liberados de toda marca de la propia ciudad, encontrando en sus proyectos las señas de una modernidad que puede visitarse como las ruinas de las ciudades históricas; prestando casi excluyente atención a las redes simbólicas, a los rizomas, a las prácticas desterritorializadas; leyendo de modo vanguardista los productos de la más crasa realidad del consumo urbano, convirtiéndolos en una nueva clase de "arte en las calles", de happening para disfrutar entre conocedores. El interés actual por la ciudad moderna se ha desprendido de la propia ciudad como dispositivo modernizador, es decir, de lo que la ciudad ha significado históricamente en nuestras historias modernas.

Me propongo revisar cómo se produjo ese regreso y cuáles son sus implicancias actuales, al menos en lo que toca a una perspectiva desde ese rincón sur de América que es la Argentina. Para que esa revisión sea productiva, creo que debe hacerse por fuera de las coordenadas en que ese mismo regreso post-moderno a la ciudad ha colocado la cuestión de la modernidad. Por eso, desde la cita inicial de Koolhaas, intento realizar un deslinde específico entre el modernismo, la modernidad y la mo-

dernización que merece alguna aclaración preliminar.

Al menos desde el conocido libro de Marshall Berman, *All that is solid melts into air*, se ha generalizado una definición en que la modernidad aparece como la dialéctica entre la modernización -los procesos duros de transformación, económicos, sociales, institucionales- y el modernismo -las visiones y valores por medio de los cuales la cultura intenta comprender y conducir esos procesos-; para Berman, esa dialéctica fue muy rica e intensa en el siglo XIX y decayó en el XX por causa de la fragmentación de las esferas. Fue, en cierto sentido, un nuevo planteo dentro del marco puesto por Max Weber, en el que los valores culturales hacían de clave para entender el origen de los procesos de transformación moderno-capitalistas; un regreso culturalista a Weber -que había quedado cristalizado por tanto tiempo en las lecturas funcionalistas-, análogo al que había realizado varios años antes de Berman, con objetivos muy diferentes, Daniel Bell, en su lapidario juicio sobre una modernidad que había perdido sus raíces culturales.

Es indudable el valor polémico que tuvo en su momento la caracterización de Berman -su Marx modernista, por ejemplo, es brillante-: colocar la densidad de la experiencia moderna en la dialéctica modernismo/modernización implicó una ingeniosa oposición al reduccionismo de las lecturas hegemónicas que mezclaban, por conveniencia pero sobre todo por ignorancia, diferentes momentos y vertientes del modernismo y les transferían las connotaciones propias de los procesos de modernización, proponiendo como novedad -como post-moderno- una serie de claves de lectura de esos procesos que, en verdad, provenían de muchas de aquellas vertientes plenamente modernistas. Pero, aun coincidiendo con aquella intención, creo que hoy conviene precisar el modernismo no como una respuesta "esencial" de la cultura moderna -verlo como "respuesta", además, nos retrotrae a las posiciones mecanicistas sobre la relación cultura/estructura-, sino como un manojo de movimientos fechados en un ciclo agotado dentro de la modernidad. La situación creada después del agotamiento del modernismo, bifurcada entre el propio modernismo que no se podía hacer cargo de su agotamiento, ya que se autoconsideraba la "respuesta esencial", y un post-modernismo que invirtió la valoración pero manteniendo el reductivismo de considerar al modernismo como equivalente a la modernidad -y por lo tanto sólo dijo "mal-mal" donde antes se había dicho "bien-bien", sostuvo alguna vez Franco Rella-, esa situación, es justamente lo que ha producido la laguna en nuestro entendimiento de la modernidad y la modernización, a la que referimos en la cita inicial. El modernismo, en todo caso, debe ser analizado como una de las canteras de respuestas explotadas en la modernidad para entender la modernización.

La modernidad es tomada aquí, entonces, como el ethos cultural más general de la época, como los modos de vida y organización social que vienen generalizándose e institucionalizándose sin pausa desde su origen racional-europeo en los siglos XV y XVI (y aquí me apoyo en un autor como Giddens), y la modernización, como aquellos procesos duros que siguen transformando materialmente el mundo. Colocar la ciudad como objeto de indagación, precisamente, por su combinación íntima y constitutiva de procesos materiales y representaciones culturales, lleva a ver el funcionamiento conjunto de esas dos categorías, obliga a tratar de entender sus lógicas recíprocas. En ese sentido, cuando digo que en la ciudad latinoamericana la modernidad fue un camino para la modernización, intento presentar la voluntad ideológica de una cultura para producir un determinado tipo de transformación estructural.

América se caracteriza, así, como un territorio especialmente fértil para los conflictos modernos: porque si en Europa los conflictos de valores se van generando y densificando a lo largo del tiempo, en relación más o menos directa con los estímulos que

producen los procesos de transformación material, muchas veces notamos en la historia americana que las cuestiones valorativas y conceptuales aparecen en el mismo momento, o incluso antecediendo a los procesos que las generaron en sus lugares de origen. Muchas veces, insisto, las ideas y los climas culturales demuestran viajar más rápido que los objetos y procesos a los que refieren, y en eso radica buena parte de la riqueza potencial de una historia cultural local, en la posibilidad de explotar ese desajuste permanente, para notar que sus resultados no pueden sino ser originales y específicos.

Mi pregunta sobre el momento actual, en todo caso, es si no deberían buscarse nuevamente en la cultura algunas de las claves para entender las traumáticas transformaciones en curso. Ya que mi hipótesis es que, por el contrario, los estudios culturales actuales de la modernidad urbana se han distanciado de toda posibilidad de comprender esa relación recíproca, esa producción mutua de sentido, y enarbolando ese desinterés como oposición a la modernización, terminan acompañando - justificando- la modernización actual que se niegan a comprender.

2.

Si no es la modernidad como categoría de época, lo primero que habría que definir entonces es qué es lo que ha terminado para que hoy podamos debatir "lo moderno"; cuál es ese paisaje que debe observarse hacia atrás para ver los mensajes que guarda para nuestro tiempo. Especialmente refiriéndonos a la ciudad, creo que hoy puede afirmarse que lo que terminó es un ciclo fundamental de la modernidad, que en el último siglo y medio se consustanció con ella; especialmente en América, porque en su transcurso se construyó casi toda nuestra historia moderna. Bernardo Secchi ha planteado que en los años setenta de este siglo entró en crisis una serie de parámetros estructurales de todo un ciclo de la ciudad moderna: el crecimiento y la expansión ilimitada. Crecimiento que resultó por largo tiempo concentración en el espacio: "concentración del trabajo en la fábrica, de la población en la ciudad, del dominio en una clase..."; en la simetría de la expansión y la concentración se constituyó el ciclo progresista de la ciudad moderna, su tensión adelante "como tentativa de dominio del devenir".

A partir de ese diagnóstico, podría decirse que lo que caracterizó al ciclo expansivo fue una triple tensión reformista: hacia afuera en el territorio, hacia adentro en la sociedad y hacia adelante en el tiempo. Es decir, la expansión urbana, la integración social y la idea de proyecto. En el marco de esa triple tensión reformista, modernizante, progresista en sentido estricto, no sólo crecieron las ciudades, sino que proliferaron en occidente los socialismos municipales y la urbanística como profesión, como gestión e ideología pública. Ese marco de expansión continua definió las propias hipótesis fundacionales de la modernidad urbana, formó su universo con la certeza tan íntima de la necesidad de derribar las fronteras territoriales y sociales: se trata de una expansión que no puede imaginarse sino como inclusiva porque el mercado urbano moderno, el mercado residencial, la clave que convierte a la ciudad en una industria capaz de competir con las otras industrias y no sólo hacerles de sede, es un mercado que supone un ciudadano; siguiendo a Weber, es un mercado que supone la ficción de la equivalencia como parte necesaria de su dinámica expansiva. América Latina -el "otro Occidente" según la figura de Merquior-, presenta una particularidad dentro de ese ciclo expansivo occidental, que podría resumirse en dos cuestiones culturales que lo recorren y definen: la cuestión del vacío, como metáfora de la necesidad de reemplazo radical de una sociedad tradicional y de apropiación de una naturaleza amenazante; y la cuestión de la reforma "desde arriba", la defini-

ción del estado como agente privilegiado de la producción de aquella triple expansión. Entre ambas se define la vocación tan específicamente constructiva de la modernidad en la región, la relación íntima entre modernidad y modernización encarnada en la ciudad. Creo que es importante, para analizar la peculiar "recuperación" cultural de la ciudad en esta actualidad post-expansiva, revisar previamente, aunque sea de modo sucinto y aún a riesgo de parcialidad y esquematismo, las claves principales de los tres momentos que, a mi juicio, muestran la expansión en su máximo despliegue: el momento de la "modernización conservadora" de finales del siglo XIX; el de las vanguardias de los años treinta; y el del desarrollismo de los años cincuenta y sesenta.

3.

En el primer momento, el de las modernizaciones "liberal-conservadoras" de finales de siglo, el flamante estado coloca en la ciudad el objeto por excelencia de la reforma: la ciudad real que se expande debe ser reconducida a su ideal civilizador, porque su desarrollo sin límites lleva al caos y a la destrucción de los lazos sociales. Hay una idea de "ciudad moderna" que repele el desorden profundo que introduce la modernización urbana y que preside los intentos de reforma pública en pos de "otra" modernización. Ese es el doble juego que explica la paradójica definición de "reformismo conservador" para las elites estatales de finales de siglo: el estado se construye en la onda expansiva que vuelve inevitables los procesos de universalización racional de los derechos públicos y los potencia y cristaliza en nuevas instituciones, pero su propia constitución es parte del intento supremo por reconciliarlos con un puñado de valores pretéritos de la sociedad tradicional, de los que se considera custodio.

Esta radical ambigüedad del estado "liberal" se manifiesta especialmente en su modo de considerar la ciudad: el fundamento de toda la normativa de intervención urbana desarrollada en el siglo XIX es que la ciudad, librada a sus propios impulsos (es decir, a su "modernización" por el mercado), lleva a la confusión y la enfermedad. Un fundamento sin analogías en ninguna de las certezas que dan lugar a la mayoría de los instrumentos jurídicos liberales que se sistematizan contemporáneamente: simplificando, para los códigos civiles o penales los individuos no son naturalmente ladrones o criminales que deban ser reformados por medio de acciones positivas que afecten al conjunto de la sociedad. En todo caso, la reforma urbana es el resultado de la firme perduración, en los reformadores liberales, de las ideas urbanas tan poco liberales que sustentaron desde temprano en la modernidad la creación de imaginarios utópicos; comenzando, por supuesto, por la Utopía de Moro. A la pregunta de cómo ordenar la sociedad, cómo regularla, cómo legitimarla racionalmente una vez que los fundamentos externos han caído, el pensamiento político respondió muchas veces con metáforas de ciudad; pero, al mismo tiempo, colocó en la ciudad, a través de la tradicional metáfora organicista, la manifestación material de la "enfermedad" moderna, de cuya curación depende la salud de la sociedad que la habita, estableciendo una hipótesis de larga duración sobre las relaciones sociedad / forma urbana. La idea iluminista -que preside hasta ahora buena parte de la fundamentación de la urbanística- de que la sociedad puede transformarse a través de la ciudad, proviene tanto de los intentos de fundar otra sociedad, en la que no existan desigualdades, como de la convicción de que la ciudad moderna ha introducido -o es manifestación de- un desorden que debe ser resuelto para el mejor funcionamiento de la sociedad tal cual es. Es por ello que, tradicionalmente, la vivienda digna y la ciudad sana han sido prerequisites del orden social; pero, en el reverso de esta matriz explicativa del dominio (explorada por una larga y diversa lista de teóricos que

van desde Engels a Foucault), es importante entender que también es esa tradición de reforma la que instituyó el derecho de ciudad como paso previo y necesario a la ampliación de la ciudadanía.

En pleno ciclo expansivo, el estado liberal en formación reacciona oponiéndose a la expansión, pero descubre azorado, en ese mismo gesto, que no dispone de los recursos técnicos, jurídicos o ideológicos para hacerlo, porque lo que está en juego es el *laissez faire* como interés y como doctrina, es decir, su propia identidad. En esa tensión se debate la intervención urbanística finisecular, y los principales dispositivos "modernos" que proyectan la ciudad son su mejor encarnación: el "Boulevard de circunvalación", como búsqueda de un freno y control para la expansión urbana pero, al mismo tiempo, como modo de distribución idealmente equivalente del territorio urbanizable y como disparador del nuevo ciclo de especulación que terminaría por superarlo una y otra vez; el parque público, como ámbito por excelencia de la figuración burguesa -el "intercambio de sombreros" en los paseos de la elite-, pero también como territorio privilegiado de la figuración de futuros urbanos y sociales alternativos -es decir, ámbito de reproducción de la figuración social como espectáculo de la ciudad burguesa, pero también ámbito de producción de sociedades figuradas-; y, en ciudades plenamente modernas como Buenos Aires, la grilla de calles regular amanzanada, tan repudiada por su monotonía y por su funcionalidad a la racionalización capitalista del territorio, pero que fue a su vez la marca de la voluntad política del estado por guiar la expansión, y al hacerlo ofició de vía de propagación del espacio público a toda la ciudad, de medio de integración potencial de los nuevos sectores populares al corazón urbano, convirtiendo toda la ciudad en un tablero de mezcla cultural, de simultaneidad social y manifestación pública, de fiesta y de protesta.

El espacio público de la ciudad decimonónica, inventado "desde arriba" por el estado con el fin de integrar y sujetar una sociedad que percibe al borde de la disolución y la anarquía, es el producto de esas tensiones, el medio moderno, productor de modernidad, con que se busca alcanzar una modernización armónica y sin conflictos, aunque el conflicto se muestra rápidamente como la contracara necesaria de la ampliación de la arena política que abre la nueva ciudad. Así se gesta el territorio público de la expansión y, sobre él, el ideal de una relación orgánica entre modernidad y modernización, entre determinados tipos de espacio público urbano y modalidades de la ciudadanía. Centros cívicos, boulevards, perspectivas con fachadas continuas clasicizantes, monumentos republicanos, parques: artefactos que produce el discurso político y urbanístico moderno, que propone reformar la ciudad a través de un modelo de intervención confiado en su capacidad de garantizar el pasaje de una sociedad tradicional a otra moderna: no es fácil entender hoy esa confianza ni justificar las tantas injusticias que se realizaron en su nombre, pero es indudable que ella produjo algunos de los paisajes urbanos más memorables de la región.

4.

El segundo momento es el de la vanguardia, clave para pensar algunas de las peculiaridades de nuestra modernidad urbana. En principio, debe advertirse que colocar a la vanguardia en esta saga constructiva, de producción de imaginarios urbanos modernos que figuren efectos modernizadores, pone fuertemente en cuestión la acepción tradicional de vanguardia, de acuerdo a lo que se identificó como el rasgo central en la vanguardia clásica: su negatividad, su carácter destructivo, el combate a la institución. En América Latina, por el contrario, la principal tarea que se propuso la vanguardia fue la construcción simultánea de un futuro y su tradición. Tarea que comienza en los años veinte y que, a su manera, prefigura la del actor social que rápi-

damente se va a mostrar en condiciones de ponerla en práctica: el estado nacionalista benefactor que surge de la reorganización capitalista post-crisis. En los años treinta, vanguardia y estado confluyen en la necesidad de construir una cultura, una sociedad y una economía nacionales, lo que termina por desmentir los otros dos postulados clásicos de la vanguardia: su combate a la tradición, su internacionalismo.

Pero podría decirse que, justamente por eso, la vanguardia latinoamericana, lejos de ser una versión menor o degradada de la vanguardia clásica europea, nos permite en realidad comprender mejor rasgos fundamentales de los procesos de renovación modernista centrales, revisar su propia historia a la luz de uno de sus productos más legítimos. En principio, hay que entender que algunos de los mismos autores que hoy parecen respaldar los paseos sin rumbo por la ciudad, especialmente Benjamin, permitieron pensar hace treinta años el rol de la vanguardia en la metrópoli: entender la vanguardia inmersa en el proceso de irrupción capitalista en la estructura de la morfología urbana. La recepción de Benjamin de los años sesenta permitió dilucidar la "dialéctica de la vanguardia" que había conducido a los sueños luminosos desde la más radical negatividad. Una dialéctica constructiva que permite trazar el puente que conecta a la vanguardia artística, definida por su carácter cáustico, con la ciudad modernista, definida por su constructividad; el puente que va de la Zürich del Cabaret Voltaire a la Frankfurt de la administración socialdemócrata; de las provocaciones de Duchamp a la Grobstadt descualificada y homogénea de Hilberseimer, como analogía a la cadena de montaje; el puente que va de Breton, como quería Benjamin, a Le Corbusier.

Pues bien, esta revisión de las vanguardias es lo que permite entender desde una nueva perspectiva la tensión existente entre arquitectura moderna / estado en los años treinta en Latinoamérica, como momento constructivo por excelencia. Sólo desde una revisión a fondo del episodio de las vanguardias históricas puede tener significado pensar el término en Latinoamérica, ver cómo se encarnaron sus valencias de acuerdo a los diferentes procesos modernizadores que se ensayaron en el continente. Pero no porque haya ocurrido el típico malentendido transculturador, en el que se "importa" desplazando en tiempo y significado los contenidos "reales" de las vanguardias, sino porque América ocupa un lugar activo en su desarrollo: si la arquitectura y la ciudad fueron el polo positivo de la dialéctica productiva de la vanguardia, si fueron su polo modernizador frente a una modernidad que podía al mismo tiempo -como lo hicieron tantas figuras de la vanguardia- regodearse en aquello que esa modernización hacía desvanecer, Latinoamérica, el Sur, fue el polo positivo en su dialéctica espacial: fue el lugar donde la construcción más que posible era inevitable. Así se entiende el iter alternativamente optimista y angustioso de los viajeros buscando interlocutores locales para ejecutar ese mandato: Lasar Segall, Wladimiro Acosta, Richard Neutra, Le Corbusier, Hannes Meyer. El territorio americano no fue sólo el lugar de la carencia (de sentido de lugar, de historia, de tradición): también, y justamente por eso, fue el lugar donde lo nuevo podía emerger puro: "sotto le stelle impassibili, sulla terra infinitamente deserta e misteriosa (...) non deturpato dall'ombra di Nessun Dio", como señalaba el poeta Dino Campana en su viaje alucinado por la pampa de comienzos de siglo.

Esta constructividad explica, por una parte, la principal característica de las vanguardias locales: la búsqueda de orden, como queda expresado de modo magistral por las citas de dos figuras tan diferentes en tantos otros aspectos como Lucio Costa y Alberto Prebisch

"As 'revoluções' -como os seus desatinos- são, apenas, o meio de vencer a encosta,

levando-nos de um plano já arido a outro, ainda fértil -exatamente como a escada que nos interessa, quando cansados, em vista de alcançar o andar, onde estão o quarto e a cama. Conquanto o simple fato de subi-la -dois a dois- já possa constituir, áqueles espíritos irrequietos e turbulentos que evocam a si a pitoresca qualidade de 'revolucionários de nascença, o maior -quicá mesmo o unico- prazer, a nós outros, espíritos normais, aos quais o rumoroso sabor da aventura não satisfaz - interessa, exclusivamente, como meio de alcançar outro equilibrio, conforme com a nova realidade que, inelutável, se impõe",

escribió Costa en ese texto fundamental de la vanguardia carioca, *Razões da nova arquitetura*, en 1930. Alcanzar otro equilibrio: parece el eco de Prebisch cuando afirmaba, en los textos con que introducía en Buenos Aires la renovación arquitectónica europea:

"Cada hombre, cada época tiende a obedecer esta apremiante necesidad de orden. Orden que resulta de un equilibrio armónico entre la vida exterior, el espíritu y la naturaleza, la idea y la forma (...). Cada época busca su equilibrio. (...) Nuestra época busca realizar ese acuerdo, ese equilibrio, busca un clasicismo, su clasicismo".

No se trata de moderatismo, o al menos no sólo de eso, sino de la respuesta cultural a un problema específico de la modernización americana: el clasicismo es la respuesta de la vanguardia a la necesidad de producir una esencia de la cultura nacional. Es la misma respuesta que daba Borges en su celebración del suburbio: en esos márgenes de la ciudad Borges le hace recuperar a la ciudad moderna sus claves más arcaicas, las que provienen de la pampa, pero a través de una lengua que apuesta hacia el futuro: por eso se caracterizó tan bien ese período borgiano con el oximoron de "criollismo urbano de vanguardia", cuyo carácter paradójico debe ser incluso potenciado con la inclusión de la vocación clasicista.

En segundo lugar, esa constructividad explica la apelación al estado, característica decisiva en las dos vanguardias arquitectónicas y urbanas más importantes de Latinoamérica, la brasileña y la mexicana, donde más que en ninguna otra parte la arquitectura de vanguardia fue arquitectura de estado. En su ruptura de lanzas con la arquitectura académica, las vanguardias van a encontrar un aliado fundamental en el estado, al que le ofrecen una serie de figuras con las cuales va a producir el imaginario de la modernización territorial y urbana que estaba afrontando como desafío contemporáneo. Así como el siglo XIX fue el de la construcción de los estados y, por su intermedio, de las naciones y las nacionalidades, es a partir de la consagración de los nuevos roles públicos en la década del treinta con la reestructuración del sistema económico internacional, cuando se va a intentar la conformación de sistemas económicos nacionales integrados: agua, caminos, aviones, comenzaron a señalar el interés estatal en desplegar tramas nacionales más extensas y complejas que las que habían cumplido su rol en la etapa de la imposición del orden y el progreso; las figuraciones de esa modernización fueron las que llenaron las formas vanguardistas con su apelación simultánea a la tradición que debía fundamentarlas; ese marco de ambigüedad es el territorio común en el que estado y vanguardia se construyeron mutuamente.

La principal peculiaridad de las vanguardias en Latinoamérica, por ello, y desde allí hay que juzgarlas, es que en la dialéctica constructiva de la vanguardia han arrancado desde el vamos del polo constructivo, lo que fue tempranamente advertido por la crítica literaria: la propuesta más ambiciosa y radical de los años veinte en cada país no fue la disolución de la autonomía o el combate a la institución Arte, sino la construcción de una lengua nacional. Aquí no podía plantearse la tabula rasa, porque el problema local por excelencia era la tabula rasa: no había un pasado académico

para aprovechar y reciclar, sino un vacío a llenar, lo que explica el salto sin mediaciones por encima de la historia hacia mitos de origen, para inventarle un pasado a una "comunidad nacional" que lo necesitaba para formarse como tal. Podría decirse que las vanguardias se imponen en nuestros países porque se hacen capaces de disputar la autoridad para representar el pasado más que la eficacia para adecuarse a la transformación técnica. Si para Brecht "lo que venga extinguirá su pasado", para las vanguardias locales, lo que venga lo construirá. Esa es la certeza que se proyecta veinte años más tarde en el mito de origen y futuro por excelencia de Latinoamérica: Brasilia.

5.

El tercer momento del ciclo expansivo ya está, como muestra la mención de Brasilia, contenido en esta revisión de las vanguardias: el momento desarrollista. Nunca antes la modernidad urbana presidió de tal modo -de modo tan ideológico y prescriptivo- la modernización. Y nunca antes el estado había asumido de modo tan completo el conjunto de las tareas culturales para producir la transformación social: si a fines del siglo XIX encontramos un estado que entronca en el ciclo expansivo a pesar suyo (la modernidad aparecía allí como figura de orden que debía controlar la modernización); y si en los años treinta la entente vanguardia/estado se produce en los hechos (la modernidad vanguardista como constructora de identidad para conducir a una modernización nacional emprendida por el estado); en el desarrollismo, el estado va a reunir toda la tradición constructiva, incorporando en su seno la pulsión vanguardista: el estado se vuelve institucionalmente vanguardia moderna y la ciudad, su pica modernizadora.

A partir de la certeza funcionalista de que la ciudad es una gigantesca fábrica de hombres modernos, punto final del continuo rural-urbano que debía promoverse, en los años cincuenta la cultura urbana occidental formalizó en Latinoamérica una gran cuestión y una gran esperanza. ¿Como acelerar la urbanización sin exacerbar los problemas que vienen asociados al crecimiento?: una planificación inteligente y previsoramente debería poder evitar en estas tierras los problemas que la modernización de mercado de los países centrales había engendrado décadas atrás. El vacío latinoamericano, planificación mediante, devenía ahora pura potencialidad: América Latina aparecía ante la mirada del mundo occidental como el laboratorio de una verdadera modernización, que pudiera eludir los costos que los países desarrollados venían computando desde la posguerra. Sólo se necesitaba relevar los problemas y formular las preguntas, capacitar a los técnicos y estudiar las respuestas apropiadas, para asentar sobre esa base sólida, científica, los planes con que los gobiernos esperaban actuar. En ese gesto nacen y se consolidan las ciencias sociales en la región, marcadas fuertemente por la vocación planificadora y en íntimo contacto con la visión de la sociología norteamericana sobre el problema de "los países subdesarrollados".

Y aquí conviene nuevamente establecer la especificidad latinoamericana de la relación modernidad/modernización, porque este mismo período ha sido señalado como el momento clave de autonomización de las esferas, cuando la modernización se vuelve un término exclusivamente técnico, precisamente bajo inspiración del funcionalismo norteamericano que va a alimentar al desarrollismo. Para Habermas, por ejemplo, es la teoría de la modernización funcionalista que se estiliza en los años de posguerra, la que desgajó a la modernidad weberiana de sus orígenes culturales e históricos (el moderno racionalismo occidental) para convertirla en un patrón de procesos de evolución social neutralizados respecto del espacio y el tiempo: un conjunto de procesos acumulativos que se refuerzan mutuamente; leyes funcionales de la

economía y el estado, de la ciencia y la técnica, aunados en un sistema autónomo no influenciado. Sin embargo, es posible afirmar que en América Latina las teorías del desarrollo buscaron restaurar, a través de una preceptiva profundamente cultural y política sobre la modernidad, la posibilidad del control de la modernización, la búsqueda de recuperar el comando que el mundo desarrollado había perdido sobre los procesos que engendraba: la ciudad fue pensada nuevamente como una partera de cultura moderna, es decir, como la inventora de una sociedad moderna. La clave radicaba en esa fórmula casi mágica del período: la planificación. Se trataba de formar especialistas (contra la generalización de la formación humanista); integrar equipos interdisciplinarios en todas las ramas de la administración; y realizar estudios regionales aplicados como experiencias piloto que produjeran fuerza ejemplificadora. La mística constructiva con que se autorrepresentaba ese momento histórico -sólo comparable al momento épico de construcción de la nación en el siglo XIX- otorgaba un rol destacadísimo al estado, pero dentro suyo a los técnicos, como su vanguardia. Y en el imaginario desarrollista, la arquitectura y el urbanismo, a través justamente de la planificación, generaron los epítomes del perfil técnico moderno comprometido; por eso, entre otras cosas, las oficinas más variadas de planeamiento gubernamental en la región se colmaron en esos años de arquitectos jóvenes que en el curso de esa experiencia devinieron sociólogos, demógrafos, economistas, geógrafos, como parte de ese proceso de formación de las ciencias sociales.

Lo que se planteaba en los años sesenta, entonces, era una propuesta de expansión de la modernidad -para extender sus beneficios o, en clave más de izquierda, la potencialidad de sus conflictos- que aplicaría las fórmulas del estructural-funcionalismo panamericanizadas por las ciencias sociales desde los años cincuenta: las relaciones centro/periferia implican en la estructura de la sociedad y de la economía de los países latinoamericanos un dualismo tradicional/moderno que debía resolverse en la universalización deliberada del sector modernizador, es decir, la ciudad. La ciudad, nuevamente como figura de orden modernista, concebida a través de una ideología organicista enfrentada a la metrópoli moderna realmente existente, a su modelo de modernización, desigual y excluyente. Hay que recordar que la ideología dominante sobre la ciudad en el ethos desarrollista, y sobre todo en el de sus técnicos-funcionarios que la leían en clave de izquierda, era el organicismo de matriz anglosajona, fortalecido desde la posguerra por el suceso del Plan de Londres; con la casi aislada excepción de quienes proyectaron Brasilia, curiosamente, el gran emprendimiento urbano del período, y tal vez eso explique el poco suceso que tuvo entre los planificadores de la región (y el blanco fácil que resultó, y resulta todavía, para la crítica bienpensante).

6.

Bien, hasta aquí el curso de la relación entre modernidad y modernización en el ciclo expansivo. Va a ser precisamente de la refutación de aquella figura de la "planificación" como última derivación de la preceptiva modernista, que nacería, muy poco tiempo después, en Europa y en los Estados Unidos, la reivindicación de la ciudad realmente existente a través de una diversidad de lecturas que serían reunidas, bastante más tarde, bajo el nombre de "post-modernismo".

Me refiero a comienzos de los años sesenta, al surgimiento de los movimientos de reacción contra "la promesa alquímica del Modernismo". Ya los años cincuenta habían visto el surgimiento de la revisión de algunos fundamentos urbanísticos del modernismo, como los de la Carta de Atenas, iniciándose un proceso de reivindicación de cualidades tradicionales de la ciudad que se habían despreciado en bloque, como

la vida bulliciosa favorecida por la vieja "calle corredor" y sus diferentes escalas de espacios urbanos, en un intento explícito por volver a comprender, desde el interior de las propuestas modernistas todavía, el fenómeno de la ciudad por fuera de la simplificación programática. Pero la crisis de una idea sobre la ciudad moderna rápidamente se superimpuso a la crisis del crecimiento y la expansión, es decir, al final del ciclo expansivo. ¿Qué hacer con la ciudad moderna y con las ideas sobre ella una vez terminado ese ciclo? Indudablemente, las respuestas modernistas estaban asociadas muy directamente a la expansión -para celebrarla o refutarla. ¿Se puede pensar la modernidad y la modernización sin expansión? En ese caso, ¿qué significaría? ¿Cómo repensar la ciudad por fuera de los modelos de pensamiento que ese ciclo había generado, en el nuevo marco de deslocalización industrial, desmembramiento de los centros terciarios, flujos inversos entre la ciudad y el campo con el resultado de una nueva urbanización difusa y la proliferación de periferias internas, vacíos en tejidos compactos, viejas áreas industriales abandonadas como monumentos desoladores de una modernidad fracasada?

Este es el marco en que se produce el regreso a la ciudad en Europa en los años sesenta. Insisto: regreso no porque el modernismo no considerara a la ciudad, sino porque lo hacía bajo un "deseo de ciudad" completamente diferente, atendiendo a su carácter proyectual abstracto; ahora se trataba de un regreso a la ciudad considerada en sus cualidades existentes, históricas o contemporáneas. Creo que en ese regreso deben leerse intentos por responder a aquellas preguntas generadas por la nueva situación, aunque todavía no se habían formalizado de ese modo y estaban lejos de visualizar la ciudad emergente. En este sentido, la intensa apelación a la historia en las nuevas propuestas podría verse como una manera de reconocer la heterogeneidad y la dispersión provocada por el fin del ciclo "progresista". La historia -y pienso en la obra de una figura clave como Aldo Rossi- procuraba funcionar en la producción de un imaginario sobre la ciudad como el proyecto en la urbanística modernista: como argamasa, como contención de las partes, como guía para reconducir una totalidad cuya promesa de integración ya no podía buscarse en el futuro, sino en el pasado. Pero por eso suponía a la vez un regreso a la ciudad, a aquella parte de la ciudad negada por el modernismo: los valores de la ciudad tradicional como núcleo de sentido para el rediseño de la ciudad moderna.

Hubo otros caminos de regreso a la ciudad: el camino de la recuperación del espacio público de la ciudad decimonónica, como instrumento de revitalización de la sociabilidad urbana en los viejos centros abandonados y tugurizados, frente a la promesa fallida de nuevos modos de sociabilidad en los monótonos suburbios modernistas; y el camino, más asociado a experiencias norteamericanas como las de Robert Venturi, del pop, que reivindicó lo popular urbano a través de la recuperación estética de los productos de la industria cultural de masas, tan despreciados por la alta elaboración formal modernista institucionalizada en la posguerra. En todos los casos, al final del ciclo expansivo la cultura arquitectónica respondió volviendo a la ciudad, rechazando in toto aquella figura del técnico que suponía una mutilación absoluta de la riqueza urbana a través de los intentos autoritarios de control planificado que, para colmo, en la nueva situación parecían además de inmorales, ineficaces.

Como dije, esas fueron algunas de las diferentes tendencias que luego serían confusamente reunidas bajo la denominación de post-modernismo, aunque es fácil comprender el carácter moderno de sus búsquedas en la ciudad. Lo cierto es que, a partir de esa amalgama, el post-modernismo quedó asociado como categoría a los intentos de regreso a la ciudad, y es por eso que parece post-modernista la revaloración cultural de la ciudad que comenzó en la última década en América Latina; un

post-modernismo que vendría a confirmar el típico desfasaje temporal periférico, ya que habría llegado con dos décadas de atraso. Sin embargo, aquí hubo otro post-modernismo, hoy completamente olvidado pero, me atrevería a decir, más literalmente post-moderno, en tanto fue una completa refutación no sólo al modernismo, sino a la modernidad y la modernización. Es importante detenerse en este fenómeno si queremos comprender mejor nuestra cultura urbana actual, el tipo de desfasajes producidos en la reciente "vuelta" a la ciudad.

En el mismo momento en que estallaba aquella rebelión contra la planificación en occidente, avanzados los años sesenta, en Latinoamérica también se produjo una crítica devastadora al planificador desarrollista, pero muy diferente. En principio, se lo criticó no por el autoritarismo de la planificación modernista, sino por su reformismo, por haber confiado en que a través del estado se podía llegar a dar una verdadera planificación social, ya que eso era lo que se mantenía como objetivo final. En segundo lugar, estas críticas radicalizaron otro aspecto de aquella figura: la visión organicista, que roto ya todo lazo con sus moldes modernistas, impuso un rechazo radical a toda modernización, y particularmente a la modernización que se afincaba en la ciudad. Lo que lleva al principal contraste con aquel redescubrimiento de la ciudad en el pensamiento urbano europeo de esos mismos años: en nuestra cultura urbana, la ciudad se convirtió en el enemigo jurado de toda transformación verdadera, es decir, revolucionaria. La ciudad moderna, el motor de la transformación desarrollista, se equiparó a la mezquindad de las clases que se habían identificado con ella: las clases medias, cuyo objetivo no habría sido otro que domesticar el ímpetu revolucionario; éste, en definitiva, como parecía mostrar el ejemplo cubano, venía del mundo rural, es decir, en todo caso -y así se tradujo en grandes metrópolis de la región, como Buenos Aires- de las incrustaciones rurales en la ciudad moderna manifestadas en la "villa miseria".

El ejemplo de Cuba, en este sentido, era completo: porque gracias a la revolución allí se había logrado imponer la planificación organicista que tenía como modelo las experiencias progresistas anglosajonas, el mismo modelo de toda la región pero que había fracasado en otras partes, especialmente en Chile, el otro gran laboratorio de la planificación en la década, donde se las había buscado imponer a través del reformismo desarrollista, interrumpido por la reacción golpista.

El contraste entre esos dos ejemplos pareció probar que los errores de la planificación no habían sido técnicos, sino políticos: confiar en el estado burgués para llevarla a cabo. Pero, justamente por eso, en el pensamiento urbano latinoamericano las convicciones técnicas de la planificación no se modificaron en esencia. Planificar seguía siendo lo correcto, pero para planificar, primero había que hacer la revolución. Si el principal error había sido confiar en el estado burgués, la solución consistió en reemplazarlo por la figura del Pueblo, a través del uso polivalente y cuasi religioso de la noción de "participación popular", en la que no se modificaba en absoluto la autoimagen del técnico como mediador privilegiado. Viceversa, la identidad "de izquierda" de la planificación como marca disciplinar, explicada estructuralmente en el carácter "progresista" del ciclo expansivo que le da origen, y explicada institucionalmente en la larga maduración de la alianza constructiva con un estado modernizador, volvía imposible la recusación de esas críticas por izquierda, si a su vez mantenían fundamentalmente sus presupuestos de siempre.

7.

Todo ese ensamble de posiciones y situaciones históricas se tradujo en un momento fuertemente antiurbano. Se ha señalado que el 68 europeo también tuvo sus episodios antiurbanos: es muy conocido el grito de guerra a la ciudad que pronunciaban

los estudiantes parisinos mientras levantaban los adoquines para las barricadas: "sous le pavé, la plage". Pero podría decirse que ese antiurbanismo estuvo radicado sólo en algunos sectores de la sociedad y la política, sin impactar en la cultura arquitectónica europea sino excepcionalmente -que una de esas principales excepciones haya sido la sociología urbana francesa no es secundario en este análisis, ya que ella fue tan influyente en las matrices con que la ciudad ha sido pensada en las últimas décadas en América Latina-; no saldrían del clima de ideas antiurbano los principales movimientos renovadores del pensamiento arquitectónico que, precisamente, se afincaban en las diversas maneras del redescubrimiento de la ciudad.

Y ahora quizás podamos entender un poco mejor la imposibilidad local de introducir en esos mismos años tal redescubrimiento, aunque pudiera coincidir en los contenidos reivindicados. Como vimos, el regreso a la ciudad se produjo en occidente a través de la reivindicación de la historia, el espacio público o lo popular. Pero si en Europa la historia es la ciudad, como reservorio de cultura, la historia aparecía entonces por aquí -al menos en la región del Río de la Plata- en su versión revisionista, como la reivindicación de la barbarie que nuevamente nos coloca fuera de la ciudad. Asimismo, el espacio público, como categoría principal de la política burguesa, ni siquiera podía pensarse como problemática aunque, de haberse hecho, no habría sino ratificado el carácter contrarrevolucionario de la ciudad frente al verdadero sujeto histórico latinoamericano que residía en el mundo rural -volver sobre los pasos perdidos. Finalmente, así como el modo de trabajar la cultura popular de la estética pop es híperurbano, porque utiliza temas de la cultura de masas que se afinca en la ciudad, lo que se iba a encontrar aquí como cultura popular, en cambio, era la "cultura de la pobreza", es decir, la manifestación de los modos de vida alternativos a la ciudad burguesa en la "villa miseria". (Y conviene detenerse en ese pasaje curioso que se produjo de las ciencias sociales a la política, por el cual la "cultura de la pobreza", que había nacido como categoría antifuncionalista que buscaba explicar los mecanismos culturales por los cuales se producía una eficaz adaptación de los sectores populares migrantes a la ciudad, de la sociedad tradicional a la moderna, pasó a reivindicarse como una modalidad esencial de resistencia de esos sectores, de la que había que extraer modelos de conducta para una sociedad liberada.)

Podrían señalarse diversas manifestaciones de esta sensibilidad antiurbana en otras instancias de la cultura, por fuera de las disciplinas que se ocupaban de la proyectación de la ciudad. Por una parte, en términos de la cultura académica, encontramos en esos años algunas obras muy influyentes, como la de Richard Morse o la de Angel Rama, que muestran una refinada elaboración de estas posiciones. Morse venía proponiendo desde temprano la inversión de certezas que produciría la más radical ruptura con la teoría de la modernización: América Latina no era el lugar del cambio, sino un refugio de los valores que el mundo occidental había perdido por culpa de la modernidad; la historia cultural de la ciudad latinoamericana de Morse, que culminará con su deslumbramiento por el universo popular carioca, fue el instrumento para identificar una edad dorada y a los sujetos que, precisamente a través de la carnavalización de todos los valores urbano-moderno-burgueses, podrían en la actualidad ser portadores de su vitalidad revulsiva.

Rama es un caso más extraño, pero tal vez por eso más útil para ver hasta qué ámbitos llegó la vena antiurbana. Si Morse produce su rebelión antimodernizadora como respuesta crítica a la mirada paternalista dominante en el latinoamericanismo académico de su país, los Estados Unidos, desde un país como el Uruguay, cuyos logros indudables en el siglo XX, sociales y culturales, estuvieron asociados a la temprana y exitosa extensión de una cultura moderna urbana, mesocrática y laica,

Rama, analista agudo de los procesos de transculturación -es decir, de la riqueza de los contactos culturales-, terminó produciendo en los años setenta un texto en el que opuso de modo maniqueo una cultura real latinoamericana a otra impuesta por la ciudad letrada. Oposición que funciona en su último libro, póstumo, como clave interpretativa de toda la historia latinoamericana: el triunfo de la ciudad letrada fue el triunfo de la racionalidad moderna occidental que habría mantenido sumergidos los estratos esenciales de la cultura popular tradicional local.

Por otra parte, hay un paralelo exacto en la cultura juvenil de la época, expresada en la recusación de la ciudad que realiza el hippismo; y aquí debo agregar, nuevamente, que al menos así fue en la Argentina, donde se produjo esa paradoja tan peculiar que es la existencia de un movimiento de rock mayormente antiurbano. Hay cantidad de canciones de esos años, de fuerte impacto e influencia, que conjugaban en todas sus declinaciones los temas de la huída de la ciudad, como lugar del gris, del encierro, de la corrupción de las conciencias: "El oso", de Moris (la historia de un oso encerrado en un circo como metáfora de la prisión urbana), o "Toma el tren hacia el sur", de Spinetta (himno del hippismo setentista que emigraba de Buenos Aires a los pueblos de la Patagonia), por citar algunas de las más conocidas e influyentes en más de una generación, pero se me ocurre una larga lista que podría funcionar para entender los distintos frentes de ataque de aquel extendido clima de ideas contra la ciudad. De todos modos, lo que me interesa sostener con todos estos ejemplos, es que este clima antiurbano debería ser nuestro post-modernismo legítimo: nuestro post-modernismo real, el análogo de lo que en otros lugares significó la crítica al modernismo, aquí fue una recusación completa a la modernidad y la modernización encarnadas en la ciudad.

8.

Mi hipótesis, entonces, es que el ciclo expansivo en América Latina produjo la ciudad como artefacto capaz de realizar la articulación progresista de la modernidad y la modernización; el fin de ese ciclo, que en Europa encontró una serie de respuestas que propusieron diferentes vueltas a la ciudad como modo de revisar las versiones urbanas del modernismo, aquí produjo en cambio un clima de ideas radicalmente antiurbano, antimoderno y antimodernizador; por eso digo, más legítimamente post-moderno. Pero la post-modernidad, al menos en la cultura urbana, quedó asociada exclusivamente a aquellos retornos a la ciudad; por eso, recién en los últimos años parece que el post-modernismo hubiera llegado a Latinoamérica, junto con una serie de enfoques que han recuperado la noción de modernidad y en el marco de un clima de revaloración de la ciudad y de muchas de sus claves modernistas.

Por eso creo que es posible decir que esta asunción reciente del post-modernismo - insisto: esta vez como adecuación de algunos motivos de aquella rebelión contra el modernismo que en occidente significó una revaloración de la ciudad- se montó sobre un borramiento completo. Espero que haya quedado claro que no trato aquí de hacer una "reivindicación" póstuma de algunos de los momentos del ciclo expansivo, ni de la ruptura que produjo el post-modernismo que llamo provocativamente "real"; simplemente intento mostrar el borramiento sobre el cual se monta la actual vague moderna y el sinsentido de tanto prefijo post. Porque como todos los borramientos, impide hacer explícitas las discusiones, los conflictos, entender las continuidades o las rupturas; por lo tanto, lo que se produce es una acumulación de motivos en capas superpuestas e incomunicadas, que favorece la utilización y la mezcla indiscriminada de tópicos de las más disímiles canteras ideológicas o temporales.

Dije al comienzo que el interés actual por la ciudad moderna se ha desprendido de la propia ciudad como dispositivo modernizador; este sí es un elemento de la tradición

ideológica de la ciudad moderna en Latinoamérica que me interesa recuperar: la relación, productiva, tensa, conflictiva, entre modernidad y modernización. Nuestro "post-modernismo real" había roto en bloque con ambos términos; ahora, en cambio, presenciamos una recuperación de la ciudad modernista pero que ha roto sus lazos con la modernización. Me refiero especialmente a los recorridos de la crítica cultural por la ciudad, quizás los que más han contribuido con esa superposición: así como en los setenta se había roto con Parsons para pasar a Marx y, sobre todo, a la lectura engelsiana sobre "el problema de la vivienda", así en los ochenta se superpusieron indiferenciadamente ambas, y se agregó a Marx, Foucault. Es decir, se criticó simultáneamente a la ciudad por antirrevolucionaria y por autoritaria. Y desde allí se han redescubierto en los noventa los encantos callejeros, a través de recorridos que apelan indistintamente a Benjamin o a Michel de Certeau. Pues bien, para seguir con el juego de prefijos, esa debería ser llamada nuestra post-post-modernidad. Es decir, si nuestra postmodernidad se radica en la rebelión contra la ciudad, en esta mezcla indiferenciada hay que entender nuestra situación contemporánea cuando hablamos de la ciudad.

Nunca la cultura urbana estuvo más fragmentada, produjo tantas imágenes, reprodujo tantas figuras. Pero no por el reconocimiento de posiciones enfrentadas inconciliables sobre diagnósticos comunes, sino por la acumulación de visiones de la ciudad como estratos geológicos incomunicables entre sí, que reproducen -y justifican- la mezcla de tiempos de la ciudad post-expansiva. Cortado el flujo continuo del tiempo progresista, caía la tensión modernista que otorgaba un sentido y un proyecto a la heterogeneidad material de la ciudad, el paisaje urbano aparece como una yuxtaposición de artefactos efímeros con restos de infraestructura obsoleta, tejido decadente, fábricas abandonadas, enormes vacíos, viviendas precarias en los intersticios y, de pronto, como enclaves autosuficientes, incrustaciones radiantes de novedad técnica o social, con la trama invisible pero omnipresente de los medios electrónicos configurando nuevos recorridos, nuevas fruiciones; la ciudad es ya definitivamente un patchwork en el que cada fragmento libera su sentido, pero en esa libertad no predomina la "diferencia", sino el contraste y la desigualdad. Esa es la modernización actual, post-expansiva, cuya mezcla de tiempos replica la lectura cultural de la ciudad como ruina de la modernidad.

Este retorno de la mirada cultural actual a la ciudad está marcado por los patrones del debate post-moderno, pero no ha hecho las cuentas con él, ni con las posiciones anteriores de rechazo a la ciudad. De hecho, convive con la mirada planificadora que reaparece con sus presupuestos técnicos autonomizados de toda fundamentación cultural o política en la actual reestructuración de la ciudad por el mercado, tanto como con los procesos de reterritorialización que esas intervenciones producen, y que son alimentados -y a su vez la potencian- por la ideología antiurbana del suburbio y la autopista, hija dilecta de nuestra pastoral post-moderna real, hoy travestida al ecologismo.

Es, como se ve, un retorno a la ciudad que prescinde de las transformaciones ocurridas en la ciudad. Un retorno que ha fijado un conjunto de modalidades de abordaje del fenómeno urbano -el elogio de la fragmentación y el recorrido aleatorio, que en Benjamin tiene un rol interpretativo de los estratos más profundos en la relación modernidad/modernización, y en de Certeau es una modalidad de resistencia populista a los supuestos foucaultianos del dominio absoluto- que prescinden de las preguntas que los originaron, sin advertir los cambios en la propia ciudad y los efectos sobre nuestro modo de pensar y procesar esos cambios. Es decir: el recorrido del flâneur, fragmentario y disperso, hoy no hace más que reproducir y celebrar la fragmentación

y la dispersión, la mezcla de tiempos de la ciudad que resulta de la modernización conservadora; en ese escenario, tales recorridos no implican una liberación del "proyecto" autoritario de la modernidad, sino una sujeción al "destino" -aun más autoritario porque elude por definición el designio de los hombres- dictado por la economía de mercado como ideología única.

¿Qué es la ciudad moderna en América Latina? ¿Cómo se vincula con los procesos de modernización? ¿Qué significa la tradición de intervención estatal como vanguardia? ¿Cómo articularla con los otros procesos de producción de la ciudad? Estas son algunas de las preguntas ausentes en el actual clima cultural de revalorización de la ciudad que propongo retomar. Para ello, creo que es necesario, en primer lugar, desarmar esa superposición de momentos, la naturalidad de la mezcla actual, revisando las claves del ciclo expansivo pero, sobre todo, el pasaje clave de los años sesenta-setenta, notando cuáles fueron sus peculiares modalidades locales de enfrentar el fin de la expansión, para volver a discutir cuál podría ser el sentido de una revalorización de la ciudad, en términos culturales pero también políticos, en un nuevo ciclo que también espera de definiciones complejas. Caídas al parecer definitivamente las respuestas que dio el modernismo, fechadas como están por necesidad en el ciclo expansivo, queda por ver, en definitiva, cómo se salva en la ciudad post-expansiva la laguna que produjo en nuestro entendimiento sobre la modernidad y la modernización.